

OBRAS Y AUTORES:

Marguerite Duras: "Los Caballitos de Tarquinia"

Todo intento de innovación se ve en seguida rodeado de amonaces denigradores. En literatura, como en la vida, es fácil advertirlo. El novelista que se aparta de los temas acostumbrados, de las formas tradicionales, rápidamente se halla en peligro de la arremetida violenta. Hay comentaristas literarios que viven sometidos a la voluntaria obligación de no permitir que haya cambios. Esto lo saben sobradamente, en todos los países, los prosistas y poetas que de pronto deciden salir en busca de la novedad. Desorientados de la literatura establecida, sintiendo que dentro de sus moldes se aboga todo nuevo enfoque de la realidad y la tentativa de su adecuada expresión, parten a correr el riesgo de lo desconocido.

Nos bastaría recordar unos pocos nombres. Se trata de un grupo de escritores franceses que se propusieron ser personales, abrir un camino propio, abordar la realidad con ojos inocentes, es decir, sin la máscara de la costumbre. Nos referimos, nada cuesta reconocerlo, a ese grupo que preside Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Michel Butor, Marguerite Duras, seguidos de cerca a lejos por otros novelistas no menos conscientes de que el arte de novelar exige repentinamente rumbos distintos, para no caer en anacronismo. Todos ellos, necesitados de defenderse ante sostenidos y, a veces, duros e inteligentes ataques, han escrito ensayos —que han sido recogidos en volúmenes— donde con la mayor claridad posible intentaron mostrar que no iban hacia los cambios por el simple amor de cambiar, sino por una necesidad imperiosa de dar al relato novelesco una vida joven, fuerte. Ninguno pretendió jamás condenar a los grandes escritores que los precedieron. Para ellos, innovar es enriquecer la tradición. Butor, por ejemplo, manifestó en un estudio su admiración a Balzac, por considerarlo, precisamente, un innovador extraordinario, un escritor que leía una herencia magnífica. No se trata de copiarlo, de seguirle con ciega manía imitatoria, sino de hacer como él, de crear con su misma honestidad, su misma alegría forjadora de universos imaginarios. En el ensayo aludido se muestra qué relación es la que debe existir entre la realidad cotidiana en que vivimos y la realidad de la novela. En la ficción novelesca todo tiene en sí su propia comprobación. La novela debe explicarse internamente, sin que sea necesario el auxilio exterior. Dice Butor al respecto: "Intentemos que descubramos a un epítomografo del siglo XIX que declarase a su correspondiente que conoció muy bien a papa Goriot, y que éste no era en absoluto como Balzac nos lo pintó; que, especialmente en tal tal página, se encuentran ciertos errores; ello no tendría evidentemente la menor importancia para nosotros. Papa Goriot es lo que Balzac nos dijo de él (y lo que podía decirse a partir de ahí); puedo considerar que Balzac se equivoca en sus juicios en relación con un propio personaje, y que éste se le escapa; pero para justificar mi actitud tendré que apoyarme en las frases mismas de su texto: se tengo otro testigo que invocar".

Hubiera el error de no pensar o comportarse como él de antemano lo esperaba.

Es indudable que una novela exige, para ser debidamente apreciada de manera favorable o contraria, el no salir de ella en busca de su justificación. Se la debe apreciar dentro de sus páginas. Esta exigencia se hace sobremanera necesaria en la novela moderna. Verbigramos, en "Los caballitos de Tarquinia", de Marguerite Duras. No estamos ante un relato que eñe, que nos viene de fuera, sino dentro de un relato de vida real, novelescamente real, que va fraguándose junto a nosotros, sus testigos.

El tema no es nuevo. Podría decirse como si desconociera que suele atacar en nuestra época, cada vez a mayor número de gentes, ante la vida despojada de todo género de valores, que es necesario ir viviendo día tras día, rutinariamente, sin grandes esperanzas de aguilonear vitales que la animen. A engrandecían en un salto repentino hacia niveles más altos, significativos más amplios, creemos más animadores. Para dar la impresión cabal de este desajuste, de este vacío que se acepta, de esta incapacidad de intentar ser lo que, a ratos, secundariamente, se anhela, Marguerite Duras alía a un grupo de personajes —hombreros y mujeres de peregrina condición— en un poblado veraniego. La realidad que se forma en estas páginas se asemeja grandemente a la que, fuera del libro, podemos hallar en pequeños pueblos donde, cada verano, se está con anhelo de repeto. La relación entre ambas realidades es estrecha. En la novela se tiene la representación agobiadora de la otra, que a veces se sobrelleva sin mayores sobresaltos, con letárgica somnolencia. Aquí también están amodorrados los sentidos, la inteligencia, toda aptitud de alguna importancia. La novelista recurre, para conseguir esta imagen completa del hastío y el adormecimiento de cuerpo y alma, a una insistente repetición de las mismas cosas: levantarse a una hora determinada, acercarse a la playa, quejarse con iguales voces agotadas del calor infernal que surge del suelo, baja de las nubes, se adueña de la tierra. Hay algunas parejas: —Ludi y Gina, Jacques y Sara, una empleadita vivazacha y un carabinero que aprovecha lo mejor que puede sus horas libres—, y toda esta gente, como otras que actúan en confusa compañía desde tal vez, casi con sorpresa, que el amor puede ser una compensación halagadora.

Pero el amor pide ánimo empeño, quiere imaginar su paisaje y su historia, no puede vivir en la costumbre de un acto maquinal, rápido, sin imaginación fortalecedora. Los personajes fruecen en la novela cuando arden al amor. Están hundidos en su desidia de verano, que es indiferencia ante la vida marcada como carta que tiende a la trampa.

Marguerite Duras, en su pintura de esta realidad pobre, desvirtuada, se vale de los recursos monotonamente repetidos, de las palabras más comunes, de los diálogos que no tienen principio ni fin, que pueden darse vuelta, al revés y quedan iguales, cuando fuere necesario. Lo curioso es que, en medio de tal indigencia, la vida pone de improvisto, muy oculto entre las palabras, un hecho de novela. Un día, como

Marguerite Duras, "Los caballitos de Tarquinia" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Marguerite Duras, "Los caballitos de Tarquinia" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile